ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

CON EL CREDO EN LA BOCA,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

POR

DON MARIANO PINA.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1876.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de esta Galeri*[a]
de 1.° *de Octubre de* 1875.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. corresp
10	4	A la puerta de la iglesia.....	1	D. Ricardo de la Vega..	Tod
11	»	Aprobados y suspensos.......	1	Vital Aza..........	»
2	2	Ayudar... á caer—c. a. p. ...	1	E. Sanchez Castilla..	»
3	2	Basta de suegros—c. o. p.....	1	Eduardo Lustonó....	»
3	2	Contra indiferencia, celos.....	1	F.ª Saez de Melgar...	»
		Don Celedonio..............	1	Sres. Retes y Carrillo...	»
		Doña Juana Tenorio, *parodia*..	1	D. R. María Liern......	»
4	1	Dudas y sombras—c. a. v.....	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
3	3	El archivista—c. o. v........	1	J. Velazquez y Schez.	»
3	1	El corazon de un baturro.. ..	1	Pedro Marquina.....	»
		El número 107..............	1	Manuel Matoses.....	»
		Endevina, endevinalla, ó el tio Perico..................	1	Eduardo Escalante..	»
4	2	Hinestosa, padre é hijo-j. a. v.	1	Salvador Lastra.....	»
4	3	La dama blanca—c. o. v......	1	J. Velazquez y Schez.	»
		La esencia del hambre.......	1	R. María Liern......	»
		La gacetilla del año, revista...	1	M. Pina Dominguez..	»
6	4	La primera reunion—j. o. v..	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
8	5 a.	Los baños del Manzanares.....	1	Ricardo de la Vega..	»
2	1	Los predestinados—c. a. p....	1	Manuel Cuartero....	»
5	1	Los pretendientes............	1	Emilio Álvarez......	»
3	1	María—c. o. v..............	1	J. M. N...........	»
		Mentirola y el tio Lepa......	1	Eduardo Escalante...	»
4	2	Mi sobrino—j. o. p..........	1	Salvador Lastra.....	»
2	2	Pedro Jimenez..............	1	Enrique G. Bedmar..	»
5	1	Por un error...............	1	Francisco Bañares...	»
5	2	Quien lo hereda no lo hurta...	1	Baron de Cortés. ...	»
4	1	Un alcalde aragonés—c. o. v..	1	Manuel Cuartero.....	»
		Una alumna de Baco....... ..	1	R. Maria Liern......	»
		Un lío.....................	1	E. Navarro Gonzalvo.	»
		Un thé dansant..............	1	César Bassols.......	»
5	3	Con el credo en la boca.......	2	Mariano Pina.... ..	»
12	8 a.	Ecos de Noche-buena.	2	Sres. Caballero y Ortiz..	»
		La capa no sempre tapa.......	2	D. N. N.............	»
6	2	La careta verde.	2	M. Ramos Carrion...	»
7	4	La familia Pesadilla—c. a. p..	2	Sres. Lastra y Vinajeras.	»
3	2	La jaula de oro	2	D. Ricardo Soláns......	»
4	3	La mamá política.............	2	M. Ramos Carrion...	»
4	3	Las desdichas de un buen mozo.	2	Mariano Pina Dominguez. (*Mitad*)......	»
		Tres forasters de Madrid......	2	Eduardo Escalante...	»
5	3	¡Arda Troya!—j. o. v........	3	M. Pina Dominguez..	»
		Bernardo del Carpio	3	Francisco Macarro..	»
8	1 a.	Nicolás Dumontd—d. o. p. ...	3	C. Carabias.	»

CON EL CREDO EN LA BOCA,

COMEDIA EN DOS ACTOS,

POR

DON MARIANO PINA.

Representada por primera vez en Madrid en el Teatro ESPAÑOL el 4 de Febrero de 1876.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1876.

PERSONAJES.	ACTORES.
DELFINA	D.ª Sofía Alverá.
ADRIANA	Emilia Dansant.
MARGARITA	Amelia Fernandez.
RAMIRO	D. Manuel Catalina.
DON SATURIO	Gabriel Castilla.
FELICIANO	Julian Romea.
DON TITO	José Alverá.
UN PELUQUERO	Juan Moll.

La accion del primer acto pasa en Madrid, la del segundo en Carabanchel.—Época actual.

ACTO PRIMERO.

Habitacion con algunas sillas, colocadas en desórden.—Á la derecha, en primer término, balcon. En el segundo, puerta de entrada y dos á la izquierda. Al fondo alcoba con cama. Entre las dos puertas de la izquierda, chimenea, y sobre ésta un pequeño secreter, tintero y papel. Entiéndase por izquierda y derecha la del actor.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO y PELUQUERO. Aquel vestido de frac y sentado, éste le riza el pelo.

RAMIRO. Que no se vaya usted á descuidar, y me queme una oreja.

PELUQ. Quiá!

RAMIRO. Porque no tendría chiste, ir chamuscado á firmar mi contrato de boda. (El Peluquero deja las tenacillas y lo peina.) Creo que le he dicho á usted, que esta noche lo firmo y que mañana me caso. Y supongo que no dejará usted de ir por la tarde á mi nueva habitacion.

PELUQ. Quiá!

RAMIRO. Ésta la abandono dentro de diez minutos, porque ya no tengo aquí ni un mueble que me pertenezca. Los que usted ve, son del nuevo inquilino, que ya había tomado las llaves, y pidió por favor irlos remitiendo desde hoy.

(El Peluquero le quita el peinador.) Perfectamente... Ya estoy presentable para el sacrificio. (Se levanta.) Conque, hasta mañana en mi nuevo domicilio. Calle del Azotado, treinta y dos: no lo olvide usted.

PELUQ. Quiá! (Váse, llevándose el peinador y utensilios de peluquería.)

ESCENA II.

RAMIRO.

Me gusta este peluquero por lo lacónico. (Se pone el gaban.) Pues señor, sin agraviar á nadie, mi novia se va á llevar el mejor mozo de Madrid. Figura esbelta, ojos chuscos, boca incitante, nariz provocativa... en fin, lo que se llama un real chico. Ahora sólo me falta dar el último adios á la vida de soltero, para entrar limpio y puro en el templo de Himeneo. (Abriendo el secreter.) Destruiré estos habladores recuerdos de soñadas dichas y perdidas ilusiones. Rizos perfumados, cartas, flores simbólicas... todo va á ser consumido por el fuego. (Sacando los objetos que se indican.) Una rosa blanca, emblema de la inocencia. La pobre Serafina me la echó por una de las rejas del beaterio, en que su marido la encerró tres veces por injustas sospechas. Dos bucles de Eladia: uno negro y otro rubio. Como si dijéramos, al natural y á la mayonesa. Cartas de Remedios: la graciosa andaluza, estanquera de la calle de... Su ortografía no es muy correcta, pero sus ojos me mareaban. (Leyendo.) «Inorvidabre Ramirro: estó surfiendo la pana »nerga por la mardita tó que te moleta. Eso derbe de »sé que tas acarratado. Yo tarbien tengo caraspera, y »estoy en la cama con un zurdorifico. Te ardora con »toda su arma, Remedos.» Lástima da arrojar al fuego este modelo de castiza diccion.

ESCENA III.

DICHO, MARGARITA, D. TITO.

TITO. (Dentro.) Te digo que todavía debe estar aquí.

RAMIRO. (Cielos! la voz de mi futuro tio! Guardemos el cuerpo del delito.) (Mete los objetos en el secreter y lo cierra.)

TITO. Lo estás viendo?

RAMIRO. Señor don Tito! Divina Margarita. (La besa la mano.)

TITO. Eh! poco á poco. (Separándolos.) Qué libertades son esas?

RAMIRO. Perdone usted, la saludaba. (El contacto de una man suave me descompone.)

TITO. Ésta sostenía, que ya no estarías aquí.

MARG. Como Ramiro nos dijo esta mañana que ya había desocupado el cuarto...

RAMIRO. En efecto.

TITO. Aquí hay muebles todavía.

MARG. Cierto... sillas, una cama...

RAMIRO. Estos muebles, y otros que hay por allá adentro, pertenecen al nuevo inquilino.

TITO. Cuida de no dejarte aquí ningun recuerdo de tus pasados devaneos.

RAMIRO. (Santos del cielo! si ven el secreter!)

MARG. Él!... como yo supiera que había amado á otra, todo estaba concluido.

RAMIRO. Amar á otra! Oh! no me conoces.

TITO. Dice bien, un ingeniero no tiene tiempo...

RAMIRO. Más que para sus estudios.

TITO. Justo; estudios de campo.

RAMIRO. Y de gabinete, que son los más complicados.

TITO. Habrá estado con el compás...

RAMIRO. Y los planos...

TITO. Y los banderines...

MARG. Si no han sido banderines de enganche.

TITO. Conque, si te parece, nos dirigiremos á casa par aguardar al notario.

RAMIRO. Soy con ustedes en seguida.

TITO. Ya sabes que la firma de los esponsales, es á las nueve en punto. Ah! toma estos cuarenta mil reales del dote, que he sacado hoy del Banco, y no quiero que se me pierdan.

RAMIRO. Por Dios!... Tiempo hay.

TITO. Si te los he de entregar esta noche, qué más da? (Dándole los billetes.)

RAMIRO. Corriente: ya que le merezco á usted tal confianza...

TITO. Pues digo... conociéndote de antiguo y á toda tu familia! Vamos, sobrina?

MARG. Que no se haga usted esperar, caballero,

RAMIRO. Llegaré ántes que nadie, para saborear á tu lado mi futura felicidad. (La besa la mano.)

TITO. Hombre, déjate de embelecos ahora. Tiempo tendrás...

MARG. Hasta luégo.

ESCENA IV.

RAMIRO.

No puedo vencer esta maldita costumbre. En cogiendo la mano de una mujer, me la llevo á la boca. Buen susto he pasado... Si á mi futura se le ocurre abrir el secreter, se arma el tiberio. Ya que estoy solo, procedo sin tardanza al auto de fe. (Abre el secreter y saca las cartas.) Empezaré por los papeles... ¿Eh?... De quién es este de color de tórtola?... ah!... de Florinda; la partiquina más seductora de los teatros de zarzuela. (Leyendo.) «Gachon »de tu nena: mañana hago una princesa de corto, y es»toy descalza y sin carnes. He mandado á tu zapatero »me traiga unas botas de raso lila, y he visto en la tien»da en que tú compras, unas mallas de seda que me es»tarán pintadas. Esto no es comprometerte, porque mi »amor es desinteresado, y sabes que si me blandeara, »tengo personas que saldrían á todo. Adios, pollo. Te »espero despues del ensayo. Que no te vengas sin las

»carnes.» (Declamado.) Y recuerdo que las dichosas carnes, me costaron quinientos reales.

ESCENA V.

DICHO, ADRIANA.

ADRIANA. (Dentro.) Ramirito?

RAMIRO. Esa voz!...

ADRIANA. (En la puerta.) Se puede?

RAMIRO. (Cerrando el secreter.) (Cristo!... La tia de mi futura!) No se detenga usted, Adrianita.

ADRIANA. Gracias. Usted extrañará mi exhibicion en este recinto...

RAMIRO. Y celebro el honor que en ella recibo. (Le indica que se siente.)

ADRIANA. Pero cuando le trasmita mis intimidades... Usted tiene un amigo que se llama Feliciano? (Se sientan.)

RAMIRO. San Juan.

ADRIANA. Pues ese San Juan es un bandolero.

RAMIRO. Señora!...

ADRIANA. Yo soy una mujer rica, pero muy desgraciada. Conoce usted el mar?

RAMIRO. Superficialmente, porque me parece algo díscolo para tratarlo á fondo.

ADRIANA. Feliciano me encontró el pasado estío en la costa cantábrica.

RAMIRO. Había usted naufragado?

ADRIANA. No señor, mi naufragio fué despues de conocerle. Nos bañábamos á la misma hora... yo me vestía de tonelete.

RAMIRO. (Estarías bonita!)

ADRIANA. Comíamos en la propia mesa, y trepábamos por la misma roca, abismados en la contemplacion de lo infinito.

RAMIRO. Eso es muy poético.

ADRIANA. Una tarde descendimos á la playa, y nos encontramos solos ante la inmensidad. El mar se retiraba.

RAMIRO. (Yo hubiera hecho lo mismo.)

ADRIANA. Decía usted?...

RAMIRO. Decía, que el mar es muy prudente en esos casos.

ADRIANA. Negras nubes encapotaban el firmamento, y bien pronto arrojaron copiosa lluvia.

RAMIRO. Caracoles!

ADRIANA. Feliciano llevaba un paraguas.

RAMIRO. No fué poca suerte.

ADRIANA. Y qué cree usted que hizo?

RAMIRO. Abrirlo.

ADRIANA. Abrirlo y guarecernos con él, estrechando fuertemente mi talle. Qué le faltaba á aquel cuadro, para ser un trasunto del de Pablo y Virginia?

RAMIRO. El negro Domingo.

ADRIANA. Ni; qué había de hacer una inocente mujer, sola con un jóven, debajo de un paraguas y en medio de la inmensidad?

RAMIRO. Aguantar el chubasco.

ADRIANA. Desde entónces me causa horror el agua.

RAMIRO. (Síntoma de rabia!)

ADRIANA. Desde entónces, faltando á los preceptos de la iglesia, cómo de carne los dias de vigilia, porque creo que el pescado que me sirven, pudo presenciar aquella escena, y va á levantar la cabeza, para echarme en cara mi debilidad.

RAMIRO. Pues que no le sirvan á usted más que colas.

ADRIANA. Y desde aquel momento, Feliciano ha sido para mí una prolongada cadena de sufrimientos. Al entusiasmo que demostró en el litoral, sucedió su indiferencia tierra adentro.

RAMIRO. Señora, pero yo qué tengo que ver?... (Se levantan.)

ADRIANA. Él esquiva mi presencia, y yo lo persigo por todas partes. En los sitios que pasea, en el café que frecuenta, en las casas que visita ve mi faz amenazadora, y la verá en las cartas que reciba, en el periódico que lea y en el cigarro que fume.

RAMIRO. (Pues se va á divertir!) Pero en fin, dígame usted...

ADRIANA. El objeto de esta conferencia?... es muy sencillo. Suplicar á usted, le participe á su amigo, que no se mo-

leste en eludir mi presencia; que si me cierra las puertas, entraré por las ventanas, ó me filtraré por la pared, como la estátua del comendador, para anonadarlo con mis reconvenciones.

RAMIRO. Permítame usted que la diga...

ADRIANA. Mi decision es irrevocable. La escena de la costa le ha de costar muy cara. Voy en su busca. (Saludando.) Ramirito...

RAMIRO. Señora!...

ADRIANA. Si no asisto esta noche á sus esponsales, dispénseme usted. Será que estoy persiguiendo á ese pirata. (Váse.)

ESCENA VI.

RAMIRO, despues FELICIANO.

RAMIRO. Se me figura que la tia de mi novia tiene algo desnivelada la mollera. Y Feliciano, que nada me ha dicho de su devaneo con mujer tan provecta. Le voy á dar una carda en cuanto le vea... (Sale un mozo con un velador y jaula con canario, que deja en el fondo. Otro con un catre de hierro y colchones atraviesa la escena, y entra por la segunda puerta izquierda. Ambos se van en cuanto dejan los objetos que conducen. Ramiro, que se ha dirigido á la chimenea y ha sacado del bolsillo una caja de fósforos, se vuelve al sentir las pisadas de los mozos.) (Más muebles?... Parece que el nuevo inquilino tiene prisa en aligerar de peso su actual habitacion. Poco me importa, para lo que he de estar en esta... En cuanto queme lo que contiene el secreter, la dejo para no volver más. Manos á la obra. (Enciende una cerilla.)

FELIC. (Saliendo precipitadamente y escuchando en la puerta.) (Creo que no me ha visto.) Ramiro...

RAMIRO. (Otro... Á que no me dejan encender la pira.) Ah!... eres tú? (Deja la caja de cerillas sobre la chimenea.) Llegas como llovido del cielo.

FELIC. Vengo huyendo de una esfinge.

RAMIRO. Acaba de marcharse de aquí.

FELIC. Adriana?

RAMIRO. Y me lo ha contado todo.

FELIC. Como lo hace en todas partes.

RAMIRO. Pero hombre!... á quién se le ocurre enamorar á ese pretérito imperfecto?

FELIC. Por Santiago!... te atreves á imputarme semejante crímen?

RAMIRO. Con qué derecho se queja entónces?

FELIC. Tomó en serio este verano las bromas que conmigo la daban los bañistas, y convirtió en sustancia mis frases de buena educacion.

RAMIRO Y el apretarla contra tu pecho debajo del paraguas, la consideras frase de buena educacion?

FELIC. Yo!... Ella era la que se incrustaba en mí, con el pretexto de librar de la lluvia sus perifollos.

RAMIRO. Pues está dispuesta á perseguirte de muerte.

FELIC. Y yo resuelto á perderla de vista, por siempre jamás amen.

RAMIRO. Si ha columbrado que entraste aquí...

FELIC. Le he dado sus señas al portero, y un duro de propina, para que no la deje subir.

RAMIRO. Será capaz de atropellarlo.

FELIC. Hablemos de lo más urgente. Esta misma noche salgo de Madrid, y vengo á encargarte dos comisiones.

RAMIRO. Emprendes la fuga?

FELIC. Voy á Guadalajara, á donde me llama mi tio para casarme con la novia que me ha escogido. (Empieza á oscurecer.)

RAMIRO. Y qué tú aceptas?

FELIC. Quiá!... Si dicen que es fea y coja. Voy á disuadirle de su pretension.

RAMIRO. Y qué quieres que haga!

FELIC. En primer lugar, que pagues el trimestre vencido del alquiler de mi cuarto. Aquí tienes el contrato y el dinero; dos mil reales. (Se los da.)

RAMIRO. Corriente. (Los mete en la cartera con los otros billetes que le dió D. Tito.)

FELIC. Ignoro lo que tardaré en volver, y no quiero que el casero desconfie de mí.

RAMIRO. Los caseros, cuando no se les paga al minuto, desconfian de todo el mundo.

FELIC. Y la segunda comision se reduce, á que le entregues estas cartas á esa estantigua.

RAMIRO. Hola, correspondencia epistolar!... Y negarás todavía?...

FELIC. Correspondencia de ella: yo jamás he contestado á sus cartas. La dices que he marchado á Pekin, que me he muerto... lo que te dé la gana. (Salen dos mozos conduciendo un gran armario.)

UN MOZO. En dónde colocamos esto?

RAMIRO. Donde á usted le acomode. Mañana vendrá su dueño, y lo pondrá en el sitio que más le guste. (Los mozos colocan el armario en la parte derecha del fondo, y se van.)

FELIC. Y no sabes lo mejor. En cuanto arregle los asuntos con mi tio, me caso.

RAMIRO. En qué quedamos? No vas á desahuciar á la novia?

FELIC. Me caso con otra que yo he buscado. Con Delfina, la muchacha más bonita del globo, hija de un don Saturio Pereda.

RAMIRO. Dime, pillastre, y por qué me has ocultado esa conquista?

FELIC. Porque nada hay formal todavía. Todo se ha reducido á miradas, y algunas frases al paño en las sillas de Recoletos. En fin, aún no sabe mi nonmbre.

RAMIRO. Y ya das por hecho el casamiento?

FELIC. Doy por hecho que Delfina es una jóven encantadora, que la idolatro con toda mi alma y que pediré su mano.

RAMIRO. Sí, pero hasta entónces....

FELIC. Tomaré otro cuarto más grande, lo amueblaré magníficamente... Hombre, este armario me convendría para la ropa blanca. (Se dirige á él.) Debe ser muy capaz y acondicionado. (Lo abre.) Qué es esto!

ESCENA VII.

DICHOS, ADRIANA, que sale del armario.

ADRIANA. Señor don Feliciano, es usted un perverso.
RAMIRO. (Cielos! el comendador!)
FELIC. Adriana!...
ADRIANA. Creía usted defendido el recinto, con sobornar al portero para que no me dejase entrar, pero yo he comprado á los mozos de cordel, y he penetrado en la plaza al abrigo de ese trasto.
RAMIRO. (Esto me recuerda al caballo de Troya.)
ADRIANA. Usted abusó de mi inesperiencia á despecho de los elementos, y ahora necesito que me explique las palabras que acabo de oir.
FELIC. Señora, yo no le debo á usted explicacion de nada.
TITO. (Dentro.) Ramiro...
ADRIANA. Cielos! La voz de mi hermano! Ni una frase, ni un gesto que le indique mi entrada en esta casa. (Á Feliciano.) Despues continuará la borrasca. (Entra en el armario.)
FELIC. (Despues estaré en Guadalajara.)

ESCENA VIII.

DICHOS, D. TITO.

TITO. Se me olvidó decirte... Ah!... no estás solo...
RAMIRO. (Presentándolo.) Mi amigo don Feliciano San Juan, de profesion abogado.
TITO. Celebro...
RAMIRO. (Id.) Mi futuro tio don Tito Carrizo, sin profesion.
TITO. Cómo sin profesion! no voy á ser tu tio?
RAMIRO. Pues bien; tio de profesion.
TITO. El notario necesita tu cédula personal, para extender la escritura.
RAMIRO. Si la tiene desde esta mañana.
TITO. ¡Ah! Él me lo dijo anoche... pero qué haces ya en esta

casa? Está oscureciendo y á las nueve es la reunion.

FELIC. Y yo tomo el tren á las ocho.

RAMIRO. (Y yo no he comido todavía.)

TITO. Toma el sombrero y en marcha.

RAMIRO. (Cómo evadirme de él para quemar esas cartas!)

FELIC. Sí, no perdamos tiempo.

RAMIRO. (Ah! volveré despues de comer. Afortunadamente conservo todavía el llavin de la puerta.) Pues cuando ustedes gusten. (Coge el sombrero y el gaban.)

TITO. Vamos. (Váse.)

FELIC. Y ahora, para que esta mosca no se moleste en seguirme, la encierro en su gabinete. (Echa la llave del armario, y se van cerrando la puerta.)

ESCENA IX.

ADRIANA, despues DELFINA, D. SATURIO y una CRIADA.

Á los pocos momentos de quedar sola la escena, Adriana mueve las puertas del armario, y al fin las abre.

ADRIANA. Oh!... no ha de valerle esa treta! El inícuo, sin tener en cuenta que las puertas de dos hojas se abren fácilmente por dentro, quería que ese armario fuese mi sarcófago, y que me encontrasen en él como una momia egipcia. Pero se ha llevado chasco. Si astuto tiburon me robó la calma en la playa, porque me vió con el agua al cuello, mi venganza saldrá á flote en tan copioso diluvio. Eh?... siento abrir la puerta.

SATURIO. (Abre la puerta con la llave y pone ésta por dentro.) Adelante.

DELF. Pero, papá, por qué te ha dado la manía de que durmamos aquí esta noche? (Sale una criada con una cesta de utensilios de cocina, un espejo debajo del brazo y dos bujías en las manos.)

SATURIO. Porque estoy harto del ruido infernal de la otra casa. El molino de chocolate me aturde.

DELF. (Viendo á Adriana.) Ay!... aquí hay gente.

SATURIO. En efecto... como ya es casi de noche, no habia repa-

rado... (Á Adriana.) Señora...

ADRIANA. Por lo que veo, usted es el nuevo inquilino de este cuarto?

SATURIO. Efectivamente.

ADRIANA. El que lo deja acaba de salir, y yo me habia detenido un momento...

SATURIO. Es usted muy dueña. Muchacha, enciende una luz. (Le quita el espejo y lo coloca sobre la chimenea.) Trae, mujer... aquí hay cerillas. (Le da las que dejó Ramiro, y la criada enciende una bujía.)

DELF. (Á Adriana.) Con el permiso de usted, voy por allá adentro á disponer... (Se va por la segunda puerta izquierda con la criada, que se lleva las cerillas, la cesta y la otra bujía.)

ADRIANA. Beso á usted la mano.

ESCENA X.

ADRIANA, D. SATURIO.

ADRIANA. Yo tambien me retiro, y doy á usted las gracias por su...

SATURIO. (No tiene mala vista este jamon.) Ha tomado usted posesion de su casa. Saturio Pereda, farmacéutico militar.

ADRIANA. Pereda! Usted tiene una hija?

SATURIO. La que ha saludado usted.

ADRIANA. Es encantadora... debe parecerse á su madre.

SATURIO. Del cuello arriba dicen que somos una haba partida.

ADRIANA. Esa jóven se llama Delfina?

SATURIO. En efecto.

ADRIANA. Y pasea en Recoletos?

SATURIO. Suele ir con una hermana de mi tercera difunta.

ADRIANA. La tercera! Veo que tiene usted trillado el camino de la Vicaría.

SATURIO. He tomado el expres tres veces... sin contar los viajes de recreo.

ADRIANA. Y conoce usted al que le arrulla á su hija en sus paseos?

SATURIO. No tengo el menor antecedente de ese palomo. (Quién

será esta mujer?) (Sale la criada, hace la cama de la alcoba, y se va por la segunda puerta izquierda.)

Adriana. Quiere usted saber su nombre?

Saturio. No estará de más conocerlo.

Adriana. Pues ese hombre de exterior apacible, y cuyos sentimientos son más negros que la reina de las tintas, se llama Feliciano San Juan.

Saturio. No lo olvidaré.

Adriana. Desconfie usted de él. Será capaz de introducirse en este hogar, sorda y furtivamente, y como la polilla en la ropa y la carcoma en la viga, dejar hondas señales de su destructor instinto.

Saturio. Se encuentra usted, tal vez, carcomida por ese roedor insecto?

Adriana. No se ocupe usted de lo que no le interesa, y acuda á lo que le importa.

Saturio. Despues de ver esos ojos, me interesa todo lo que...

Adriana. Gracias: es usted un vetusto muy amable; pero aproveche mi aviso, y sobre todo, no deje usted salir á la niña en los dias de lluvia.

Saturio. En los dias de... Hace usted el obsequio de explicarme?...

Adriana. Lo único que puedo decirle es, que soy una mujer rica, pero muy desgraciada. Tengo el honor de saludar á usted. (Váse.)

ESCENA XI.

D. SATURIO, despues DELFINA.

Saturio. Qué significan sus fatídicas palabras, ni qué relacion puede haber entre las canales y el corazon de mi hija! Sin embargo, por lo que pueda tronar, viviré con cada ojo como un lebrillo.

Delf. Ya están las camas hechas, y Fermina prepara la cocinilla económica, para cuando pidas el chocolate.

Saturio. Dime, Delfina, qué efecto hace en tí la lluvia?

Delf. Eh? No entiendo la pregunta.

SATURIO. Adviertes en tu pecho, algo así... como un gusanillo que te muerde?

DELF. Ay! papá! no me hables de bichos de noche, que luégo sueño con ellos.

SATURIO. Ahora que hablamos de sueño, es necesario pensar... En qué habitacion vas á dormir?

DELF. En la que tú me mandes.

SATURIO. Bien; por esta noche ocuparás esa alcoba, yo la del gabinete, y Fermina tenderá la raspa donde le dé la gana. (Guardaré la llave de la puerta.) (La quita y se la mete en el bolsillo.)

DELF. Qué capricho de mudanza!... yo que estaba tan bien en mi cuartitó...

SATURIO. Dónde está el comedor?

DELF. Por aquí, papá. (Coge la bujía.)

SATURIO. Tomaremos un piscolabis, y en seguida á la cama. (Vánse, segunda puerta izquierda.)

ESCENA XII.

RAMIRO, abre la puerta, quita la llave y cierra, poniendo ésta por dentro.

Uf! tengo calor!... (Se quita el gaban.) Por acompañar á Feliciano hasta la estacion, no he comido todavía, y dentro de media hora debo estar en casa de mi futura. Afortunadamente el consumir en la hoguera esas cartas y yerbajos, será obra de un momento. No veo gota... (Anda á tiento hácia la chimenea y tropieza con una silla, en la que deja el gaban. Despues llega hasta la chimenea.) Vamos, ya dí con el secreter. Lo limpiaré del contrabando, y mañana mandaré por él. Dónde están las cerillas? (Buscándolas sobre la chimenea.) Señor!... si las dejé aquí esta tarde!... (Id. en los bolsillos.) Nada. (Otra vez sobre la chimenea.) ¡Voto á cribas! Y el tiempo pasa... Lo más breve es pedir unas cuantas en el cuarto del lado. Conozco á la familia, y me dispensará ese pequeño obsequio. (Váse.)

ESCENA XIII.

DELFINA, despues RAMIRO.

DELF. (Con una bujía, que deja sobre la chimenea.) Tengo más gana de dormir que de cenar. Y papá me hace unas preguntas tan raras esta noche, que prefiero dejarle solo y acostarme en seguida. (Deshaciendo su peinado delante del espejo.) Habrá sospechado algo de ese jóven?... Y qué puede sospechar?... Que me mira y me dirige algunas frases, que pueden ser de mera galantería? (Se quita los pendientes y el medallon.)

RAMIRO. (Con una cerilla encendida.) (Dijo Dios, *fiat lux*, y se vieron los dedos de la mano.)

DELF. (Á decir verdad, no me disgusta; pero como nada me dice formal...)

RAMIRO. (Eh!... (Deteniéndose.) Una mujer en mi aposento!... (Viéndola por el espejo.) Y es jóven y bonita!)

DELF. (Quitándose la corbata y desabrochando el cuello del camisolin.) (Es tan simpático, y tiene unos ojos tan expresivos... En fin, con tal de que no me desvelen estos pensamientos...)

RAMIRO. (Cielos! qué voy á ver!...) (Dando un paso adelante.)

DELF. (Viéndole por el espejo.) ¿Ay!... quién está ahí? (Tapándose el cuello y poniéndose precipitadamente la corbata.)

RAMIRO. Señorita, no se asuste usted... yo soy un jóven inofensivo.

DELF. Pero qué busca usted aquí?... Cómo ha entrado usted?...

RAMIRO. Eso mismo digo yo; cómo ha entrado usted?

DELF. Caballero, yo estoy en mi casa.

RAMIRO. (Vamos!... es alguna de las bohardillas que se ha bajado aquí.) No lo dudo, zandunga, pero yo tambien creo estarlo.

DELF. (Qué lenguaje!) Usted!...

RAMIRO. Sí, morenita, yo, y cuando la explique lo que sin duda ignora...

DELF. Ni quiero saber nada, ni esta es ocasion de explicaciones que no me importan. Lo que deseo es, que se marche usted y no me comprometa.

RAMIRO. Qué no la?... (Ya caigo!... es que espera á otro. Si supiera el casero estos belenes!...)

DELF. Se lo suplico á usted.

RAMIRO. Pero niña, si yo no pienso estar aquí más que los momentos precisos...

DELF. Me obligará usted á que grite.

RAMIRO. No, no grite usted. (El menor escándalo me haría perder un tiempo precioso.)

DELF. En ese caso...

RAMIRO. (Pues señor, me llevaré el secreter y lo quemaré en una tahona.)

DELF. No se detenga usted.

RAMIRO. Corriente; yo siempre quiero quedar amigo de unos ojos como los de usted.

DELF. Bien, bien.

RAMIRO. (Alargando la mano.) Conque, vengan esos cinco, y que usted goce toda clase de felicidades.

DELF. Caballero! yo no conozco á usted.

RAMIRO. Por eso quería enterarla, y lo voy á hacer en cuatro palabras. Si me ve usted de frac, es porque...

DELF. Oh! no, no. (Dándole la mano.) Tome usted y márchese al momento.

RAMIRO. Gracias... es usted tan amable como rebonita. (Se la besa repetidas veces.)

DELF. (Retirándola.) Semejante atrevimiento!...

RAMIRO. (La maldita costumbre!)

DELF. Salga usted inmediatamente.

SATURIO. (Dentro.) Delfina?

DELF. Vírgen santa! la voz de mi padre!

RAMIRO. (Tambien el padre! Pues se ha bajado aquí todo el sotabanco.)

DELF. Él, que tiene un genio tan violento!... Si le siente á usted...

RAMIRO. Me marcharé de puntillas como la Pinchiara. (Da algu-

nos pasos de ese modo.)

DELF. Viene hácia aquí!

RAMIRO. Pues me largo.

DELF. Ya no es tiempo. En ese balcon.

RAMIRO. Pero niña!...

DELF. Pronto.

RAMIRO. (Y mi novia que me estará esperando!) (Entra en el balcon, que cierra Delfina.)

ESCENA XIV.

DICHOS, D. SATURIO.

DELF. (Dios mio! Si conocerá mi turbacion!)

SATURIO. Qué haces, hija mia?

DELF. Qué he de hacer? Nada.

SATURIO. Me pareció que hablabas con álguien.

DELF. En efecto, hablaba... con el canario.

SATURIO. Ah! ya, con el canario. Y se me figuró tambien escuchar el ruido de repetidos besos.

DELF. Es claro: cuando me dirijo á él, sabes que le digo... (Imitando el ruido del beso.) chiquito, (Id.) monin... (Id.) Dame el piquito, dame el piquito... y eso es lo que habrás oido.

SATURIO. No me acordaba de que habías traido el canario. Pero por qué no te has acostado? Mañana hay que madrugar. Ya sabes que pasamos el dia en nuestra casita de campo.

DELF. Es porque... me da vergüenza decirlo, pero... tengo miedo.

SATURIO. Miedo!

DELF. Como extraño la habitacion... Mira, dormiré en el cuarto de Fermina.

SATURIO. Qué puedes temer aquí?

DELF. Nada; pero descansaré mejor á su lado. (Se oye llover.) No oyes? Está diluviando.

SATURIO. Qué nos importa?

DELF. (Y ese pobre jóven que se halla á la intemperie!)

SATURIO. Pero, chica, qué te sucede? Estás afectada!

DELF. Tal vez... ese aguacero tan repentino...

SATURIO. Tu mano tiembla.

DELF. Y siento así... como espeluznos...

SATURIO. Y un gusanillo en el pecho?

DELF. Ay! vámonos de aquí, por Dios.

SATURIO. (Pues señor, no me engañó la jamona; decididamente tiene la lluvia gran influencia en su temperamento.)

DELF. Vienes, papá?

SATURIO. (Cogiendo el candelero.) Sí, vamos. (Váse Delfina.) Ah! creí haber quitado la llave... (La echa y quita de la puerta y váse.)

ESCENA XV.

RAMIRO.

Me he puesto como una sopa! (Sacudiendo el sombrero.) ¿Cómo voy así á firmar el contrato? Me tengo que mudar de piés á cabeza. (Enciende un fósforo y mira el reló.) Demonio!... Ha pasado la hora! Tengo que volar y dar cualquiera excusa. (Enciende fósforos para alumbrarse, hasta que desaparece de la escena. Coge el gaban y se dirige á la puerta.) Infierno!... La puerta cerrada, y han quitado la llave!... Qué hacer en tal apuro!... Qué hacer? Escandalizar la casa para que me abran. Decir la verdad lisa y llana... Sí, pero esa verdad la debí exponer ántes de esconderme; ahora no sería creido y... Cristo!... que me quemo. (Tirando la cerilla y encendiendo otra.) Y comprometería á esa pobre chica. (Deja el gaban en una silla.) Por el balcon... (Va á él.) Imposible; piso segundo... y si me vieran descolgarme, dormía en el Saladero. Ah! por las ventanas que dan al patio... Si encontrase una cuerda de las que han servido para conducir esos muebles... (Buscando.) Nada. (Encontrando una al lado del armario.) Sí; creo que me he salvado. Me deslizo al patio, llamo á la ventana de mi amigo el perfumista, y por allí ancha Castilla. Ante todo, cargaré con los maldecidos

objetos que me han puesto en este trance, (Los saca del secreter.) y le ofrezco una novena á la Vírgen de la Estrella, si no me estrello en esta expedicion. (Váse por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XVI.

D. SATURIO, con luz y un rewolver.

He reflexionado, que no está bien se acueste mi hija en la cama de la criada, y le he cedido la mia. Yo, que no tengo miedo, (Dejando la bujía y pistola sobre el velador.) me instalaré en esta habitacion, y procuraré conciliar el sueño, si lo permite la idea que me preocupa. Ese libertino que altera el sistema nervioso de mi descendencia, debe ser especial objeto de mi exquisita vigilancia. (Va á sentarse en la silla en que está el gaban de Ramioro.) Qué es esto? Un gaban! Un gaban, que no es mio, y se introduce furtivamente en mis lares!... De quién puede ser? Si en los bolsillos encontrase algun indicio... (Registrándolos.) Á ver?... Un paquete de cartas, (Rompiendo la faja.) dirigidas todas á don Feliciano San Juan... Cielos! Él nombre del seductor! (Volviendo á registrar.) Una cartera con billetes de banco en abundancia... y un contrato de arrendamiento á su nombre tambien. No hay duda, es él! Ha estado aquí. La voz de Delfina, que hace poco escuché, y aquel ruido simbólico... Se habrá escondido? Pero en dónde? (Examina con la bujía la alcoba y despues el armario.)

ESCENA XVII.

DICHO, RAMIRO, con una cerilla encendida en cada mano.

RAMIRO. (Imposible descender. Faltan cinco metros de cuerda para llegar al suelo.)

SATURIO. Nada... (Se velve hácia el proscenio.) (Mil rayos!... Aquí está.)

RAMIRO. (Cáspita! un hombre!... Será el padre de... Y qué le di–

go á este buen señor?) Caballero...

SATURIO. Á la órden.

RAMIRO. (Apagando la cerilla de la mano derecha y dándole ésta á Don Saturio.) Cómo va?

SATURIO. (Id. la bujía, que pasa á la mano izquierda, para dar la derecha.) Bien, gracias, y usted?

RAMIRO. Algo constipado por la humedad de la noche.

SATURIO. Lo siento. Usted se proponía pasarla muy placentera?

RAMIRO. Á toda luz.

SATURIO. Lo creo. Ah! no apague usted esa.

RAMIRO. Con mucho gusto. (D. Saturio enciende la vela en la cerilla que le queda á Ramiro.) (Parece guapote este padre.)

SATURIO. (Dejando la luz en el velador.) Pues ya que tengo el gusto de ver á usted, señor don Feliciano...

RAMIRO. (Don Feliciano!...)

SATURIO. Aprovecho la ocasion, para que echemos un párrafo.

RAMIRO. Suplico á usted que sea breve, porque estoy muy de prisa. (Mirando el reló.) (Santos del cielo! las once y media!)

SATURIO. Usted, abusando de la inocencia de mi hija, se ha introducido en esta casa...

RAMIRO. Si me permite usted, le explicaré en un momento.

SATURIO. Para las explicaciones tengo yo este amigo. (Cogiendo el rewolver.) Yo soy farmacéutico militar.

RAMIRO. Por muchos años. (Esto se va poniendo serio!)

SATURIO. En este albur, caballero, se ha faltado usted á sí propio, ha faltado á mi hija y me ha faltado á mí.

RAMIRO. (Y estoy haciendo falta en otra parte.)

SATURIO. Las consecuencias de tal jugada recaen en tres, y es preciso que usted elija sitio y armas.

RAMIRO. Pues ni acepto el entrés, ni juego el elijan.

SATURIO. Y yo le digo que se batirá conmigo, si no quiere morir como una comadreja.

RAMIRO. Pero atienda usted á razones.

SATURIO. No las admito.

RAMIRO. Sabe usted que ya me voy cargando?

SATURIO. Lo celebro. Á hierro ó á plomo?

RAMIRO. Pero hombre, si es que usted no sabe...

SATURIO. Sé lo bastante para apreciar su conducta. No es de usted este gaban?

RAMIRO. Y de usted tambien. Lo dejé olvidado...

SATURIO. Le pertenece esta cartera?

RAMIRO. Sí señor.

SATURIO. No se llama usted don Feliciano San Juan?

RAMIRO. (Ahora comprendo!... Le diré que sí y acabamos más pronto.) En efecto.

SATURIO. Pues identificada la persona, lo demas es de fácil arreglo.

RAMIRO. Ya lo creo. (Mira el reló y hace gestos de impaciencia.) (Y á todo esto, sin comer!)

SATURIO. Esta casa no tiene para usted más que una puerta de salida.

RAMIRO. Figúrese usted si la utilizaré, cuando iba á salir por la ventana.

SATURIO. Y esa puerta es la que da paso á la Vicaría.

RAMIRO. Á la?... (Qué atrocidad!)

SATURIO. Á la Vicaría ó al cementerio. (Apuntándole con el rewolver.)

RAMIRO. Hombre!... deje usted ese krup.

SATURIO. Escoja usted.

RAMIRO. (La eleccion en mi caso no os dudosa.)

SATURIO. Se casa usted con mi hija?

RAMIRO. (En saliendo yo de aquí...) Ese es mi ardiente deseo.

SATURIO. Bién: siéntese usted y escriba. (Poniendo en el velador el tintero y papel.)

RAMIRO. (Se sienta.) (Á nombre de otro escribo yo el Coran.) Pero será usted conciso, eh?

SATURIO. (Dictando.) Declaro, que me he excedido con la señorita doña Delfina Perada.

RAMIRO. Dispense usted, yo no me he excedido en lo más mínimo.

SATURIO. Y el ruido que escuché?

RAMIRO. Qué ruido? Si anduve de puntillas.

SATURIO. No hablemos de eso, porque se me enciende la sangre y soy capaz... (Apuntándole.)

RAMIRO. Bien, lo que usted guste. (Escribiendo.) Delfina Perada... (Yo conozco este nombre.)

SATURIO. (Dictando.) Y prometo ser su esposo...

RAMIRO. (Escribiendo.) Oso.

SATURIO. (Id.) Á fuer de hombre honrado y cristiano machucho.

RAMIRO. (Id.) Chucho.

SATURIO. Fecha y firma.

RAMIRO. (Firmando.) Feliciano San Juan. (Como si firmara el emperador de la China.) (Dándole el papel, que lee D. Saturio.)

SATURIO. Perfectamente... La boda se hará...

RAMIRO. Cuando usted guste... (Mirando el reló.) y puesto que estamos de acuerdo, sírvase usted devolverme la cartera, y reconózcame por su más afectísimo...

SATURIO. Oh! Es muy justo.

RAMIRO. (Ya está fresco: todos los dias amanece un primo!)

SATURIO. (Sacando la cartera.) Ahí tiene usted las cartas y el contrato de arrendamiento. (Dándoselas.) Y la cartera tambien. (Id.) En cuanto á lo demas, (Guardando los billetes.) me permitirá retenerlo en mi poder.

RAMIRO. Qué!...

SATURIO. Hablo de los valores.

RAMIRO. (Si seré yo el primo de hoy?) Es que los valores importan cuarenta y tantos mil reales.

SATURIO. Como si fueran cien mil duros. Un padre de familia debe tomar sus precauciones.

RAMIRO. Pero no basta mi firma?

SATURIO. No se apure usted. Esa cantidad se la devolveré religiosamente el dia que se firme el contrato de boda. Y supongo que con ella dotará usted á la niña.

RAMIRO. Que yo dotaré?... (Dios eterno! en qué lio me he metido!... Si mañana me reclaman esa cantidad por haber faltado esta noche!...)

SATURIO. (Mostrando el rewolver.) Ó si prefiere usted que nos entendamos de otro modo, porque se ha propuesto reirse de mí...

RAMIRO. No... si estamos perfectamente de acuerdo. (Cómo sal-

go de este atolladero!)

SATURIO. Más me agrada eso, y ya te miro como yerno. Quieres abrazar á tu esposa?

RAMIRO. Á cuál de ellas?

SATURIO. Cómo á cuál?

RAMIRO. (No sé lo que me digo!) Claro... á cuál ha de ser?

SATURIO. (Llamando.) Delfina?

RAMIRO. (Otra detencion!) No la incomode usted.

SATURIO. Quizá esté levantada todavía.

RAMIRO. (No hay más remedio que seguir la farsa; pero mañana le recojo los cuartos, y no me vuelve á ver el pelo.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, DELFINA.

DELF. Te has puesto malo, papá? (Viendo á Ramiro.) Ah!!.. (Todavía aquí!)

SATURIO. No te asustes; ven, y abraza á tu esposo.

DELF. Á mi esposo!

RAMIRO. (Abrazándola.) Sí, al que te adora con ansias mortales... Conque hasta la vista. (Se va á retirar.)

DELF. (Es loco este hombre!) (Deteniéndole) Que usted me adora... (Y no es feo! Pero el otro me gusta mucho más.)

RAMIRO. Con delirio! (Abrazándola.) Otro apreton... y hasta mañana. (Cada abrazo de estos me puede costar mil duros.)

DELF. (Pero estoy soñando!)

SATURIO. Ah!... mañana no me busques aquí.

RAMIRO. Pues en dónde?

SATURIO. En mi casita de campo. Ahí tienes una tarjeta con las señas. (Dándosela.)

RAMIRO. (Mirando el reló) (Las doce y cuarto!) Con Dios. (Volviendo desde la puerta.) Ah!... mi gaban. (Lo toma.)

SATURIO. Me llevarás un regalito, eh?

RAMIRO. Sí... (Te llevaré estrignina.) Buenas noches. (Se va á marchar por el balcon.)

SATURIO. Eh!... Te vas por el balcon? (Abriendo la puerta.)

RAMIRO. Es verdad! (Mi cabeza es una grillera. (Preocupado y abrazando á D. Saturio y á Delfina.) Casarme con esta... ser esposo de la otra... ir á la Vicaría con una arma de fuego... los fondos secuestrados por un boticario...)

SATURIO. Dale otro, dale otro. (Al ver que abraza repetidas veces á Delfina.)

RAMIRO. El casero persiguiendo á Feliciano... yo en el Saladero por bígamo!...) Abur.

SATURIO. Qué rezas entre dientes?

RAMIRO. La Biblia. (Váse.)

DELF. Pero qué significa?...

SATURIO. Esto significa que tienes un padre al pelo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin con verja y puerta de hierro en el fondo, que dan al campo. Casa á la izquierda, en primer término. En segundo, á la derecha, la fachada trasera de otra casa, con postigo. Algunas sillas rústicas al lado de la puerta izquierda.

ESCENA PRIMERA.

RAMIRO, saliendo por el foro.

Ay! no he pegado los ojos en toda la noche y tengo la cabeza como un bombo. Segun las señas, esta debe ser la casa de ese ostrogodo, secuestrador de mi hacienda. (Mirando una tarjeta y la casa de la izquierda.) «Carabanchel bajo, calle de la Torre, número...» Es bonito este jardin. Con cuánto gusto descansaría en él, si mi corazon no corriese anhelante por un dédalo de tribulaciones! Ha desaparecido mi tranquilidad, mi dinero, y lo que es más, mi adorada Margarita, mi futura esposa, que no sé dónde está. Cuando me ví libre anoche, encontré su casa cerrada á piedra y lodo, y hoy me dice el portero que toda la familia ha salido de Madrid, lo cual, unido á esta carta que he recibido por el interior, me coloca en la situacion más lúgubre que se vió nacido. (Leyendo.) «Todo está concluido. Mi sobrina aborrece á usted

»y yo le maldigo. Devuélvale hoy mismo los cuarenta »mil reales á mi apoderado, ó mañana duerme usted en »el Saladero.» (Hablado.) Lacónica y halagüeña. Cómo devuelvo hoy mismo esos cuarenta mil reales! Vamos á ver, qué resolucion adoptaría en este caso un inteligente? La que tengo ya adoptada como más breve. En el escritorio de Feliciano encontré su cédula de vecindad; se la he dado á un notario, que pronto estará aquí con el contrato extendido, recupero los fondos, busco á Margarita, me caso con ella y emigramos al extranjero.

ESCENA II.

DICHO, ADRIANA, por el foro.

ADRIANA. La tranquilidad del campo no amengua las embravecidas olas en que zozobra mi corazon.

RAMIRO. (San Francisco! la tia de Margarita!)

ADRIANA. Qué veo! Ramiro!

RAMIRO. (Dándole la mano.) Cuánto celebro...

ADRIANA. Parece usted al fin? Ya comprendo: ha sabido usted que estamos aquí, y viene á dar explicaciones...

RAMIRO. (Que están aquí!)

ADRIANA. Pero qué le pasó anoche? El notario, cansado de esperar, se fué echando venablos, y á mi sobrina le dieron siete síncopes y tres accidentes.

RAMIRO. Hija de mi alma! Cómo quedaría su cuerpo!

ADRIANA. Pero qué le aconteció á usted, en dónde estuvo?

RAMIRO. Señora, asómbrese usted: estuve preso. (Y no miento.)

ADRIANA. Preso!... Por qué causa?

RAMIRO. Por una equivocacion. Yo tengo un primo en Madrid de mi propio nombre y apellido, que anda en cabildeos y enredos políticos. La autoridad quiso echarle el guante y me echó á mí la garra, sin soltarme hasta que se deshizo el *quid pro quo.*

ADRIANA. Nunca nos habló usted de semejante primo.

RAMIRO. Diré á usted. Ese primo es hijo póstumo de un cuñado de mi padre, de quien éste era tio paterno por la línea

de su madre, la cual murió sin hijos, pero dejando una hija que reconoció despues de su muerte.

ADRIANA. No lo entiendo.

RAMIRO. (Ni yo tampoco.)

ADBIANA. Vea usted. Y Margarita se creyó víctima de la traicion más inícua, y al volver del tercer accidente, se empeñó en que la sacaran de Madrid.

RAMIRO. Y como su tio la tiene tan mimada...

ADRIANA. Al amanecer nos trasladamos á la casa que tiene en este pueblo un antiguo amigo de la familia, para emprender despues un viaje más largo.

RAMIRO. Á una casa de este pueblo!...

ADRIANA. Esa justamente. (Señalando la de la derecha.)

RAMIRO. (Inmenso Dios! En dónde me he metido?)

ADRIANA. La puerta principal está al otro lado, y por aquí tiene ese postigo con paso por este jardin, que da entrada á esa otra casa del mismo dueño.

RAMIRO. (Estoy entre Melilla y las Chafarinas.)

ADRIANA. Pero hablemos de Feliciano.

RAMIRO. (Si la digo que se ha marchado, arma el gran escándalo y me compromete más.)

ADRIANA. La ha visto usted?

RAMIRO. No se ha separado de mí en toda la noche.

ADRIANA. El recuerdo de su perfidia trastorna mi cerebro, y por do quier no veo más que tristes playas y encrespados mares. El golfo de Guinea... el golfo de las Damas...

RAMIRO. Y el golfo de las Yeguas... comprendo la situacion.

ADRIANA. Dichoso usted, que no piensa en los mares ni en los rios.

RAMIRO. Se equivoca usted, porque ahora mismo me preocupa mucho el de la Plata.

ADRIANA. El ingrato quiere alejarse de mí.

RAMIRO. Quiá!... Si vendrá aquí dentro de poco.

ADRIANA. Silencio. (Mirando á la puerta izquierda.)

RAMIRO. (Id.) (Jesucristo!... Don Saturio...) Perdone usted, corro á ver á Margarita.

ADRIANA. (Deteniéndole.) No: conviene que yo la prepare ántes.

RAMIRO. Bien; pues entónces, es usted la que debe correr.

ESCENA III.

DICHOS, D. SATURIO.

SATURIO. Hola, hola! ya por aquí? El amor no puede estar oculto.
RAMIRO. Es claro.
ADRIANA. (Qué veo!... Este es el padre de mi rival!)
RAMIRO. (Ap. á Adriana.) No se detenga usted.
SATURIO. (Á Adriana.) Bravísimo! y usted tambien?
RAMIRO. (Se conocen!)
SATURIO. Á qué debo el honor?...
ADRIANA. Á la casualidad de vivir con mi hermano y sobrina en esta otra casa.
SATURIO. Cuánto lo celebro... (Ap. á Ramiro.) No te fíes de esa mujer.
RAMIRO. (Id. á D. Saturio.) Descuide usted; ya sé que está loca.
SATURIO. Eh!
RAMIRO. (Id.) De remate. La mitad de las veces no sabe con quien habla.
SATURIO. (Ahora comprendo su exabrupto de anoche. Pobre señora!)
ADRIANA. (Por qué me mira tanto ese senil?)
SATURIO. Pues ofrezco á usted la mia, y la suplico que participe igual ofrecimiento á toda su familia.
ADRIANA. Agradezco...
SATURIO. En el campo se estrechan pronto las relaciones de vecindad, y desde luégo queda usted convidada á la boda de mi hija con Feliciano.
ADRIANA. Con Feliciano!
RAMIRO. (Estalló la bomba.)
ADRIANA. No le han dicho á usted ya que Feliciano es un reptil venenoso?
SATURIO. (Á Ramiro.) Contesta tú á eso.
RAMIRO. Esta señora está siempre de broma. (Ap. á Adriana.) Por Dios! que á Margarita le va á dar el octavo síncope.
SATURIO. Pues á mí me interesa aclarar...

ADRIANA. Descuide usted: voy á enterar de todo á mi hermano, y él se encargará, si yo no basto, de vengar tantos ultrajes.

RAMIRO. No pierda usted minuto!

ARIANA. (Á D. Saturio.) Caballero... Ramiro, no tarde usted. (Váse.)

ESCENA IV.

RAMIRO, D. SATURIO.

SATURIO. Ramiro! Qué dice esa mujer?

RAMIRO. Nada... está desbarrando, y ya no sabe con quién habla.

SATURIO. En efecto, llamarte á tí...

RAMIRO. Segun creo, la abordó un Feliciano en alta mar, y en cuanto escucha ese nombre...

SATURIO. Va de bolina su juicio?

RAMIRO. Usted lo ha visto. Pero hablemos de lo que nos interesa.

SATURIO. Ya te escucho.

RAMIRO. En primer lugar, para que vea usted que tengo presentes hasta sus más ligeras indicaciones, le traigo un regalito.

SATURIO. Hombre! eso me agrada.

RAMIRO. Como ligera muestra del cariño que le profeso. (Saca del bolsillo un gorro griego de seda, envuelto en un papel.)

SATURIO. Á ver, á ver? (Tomándolo.) Magnífico! Un gorro griego.

RAMIRO. Con tal de que sea de su agrado...

SATURIO. No ha de ser! Justamente has escogido el género y los colores que más me gustan. (Se lo pone.)

RAMIRO. He tenido ese acierto?

SATURIO. Creo que me está algo grande.

RAMIRO. (Examinándolo.) Es verdad. (Quitándoselo de la cabeza.) Entónces lo devolveré. (Lo envuelve en el papel.)

SATURIO. No, Delfina lo arreglará.

RAMIRO. Si lo tomé con esa condicion. (Se lo daré al tio de Margarita para templar su enojo.) (Lo guarda.)

SATURIO. Qué tenacidad!

RAMIRO. Por lo demas, todo está arreglado, y pronto vendrá el notario con el contrato extendido.

SATURIO. Veo que eres un chico activo.

RAMIRO. Ah!... y le suplico á usted, que no convide á nadie para esté acto puramente familiar.

SATURIO. Qué importa?

RAMIRO. Estos preliminares deben ser del exclusivo dominio de la intimidad y la confianza. Luégo, el dia de la boda, echamos la casa por la ventana.

SATURIO. Corriente: lo haremos á cencerros tapados.

RAMIRO. Eso, y despues, que cada uno luzca el suyo como le dé la gana.

SATURIO. Pero se necesitan dos testigos.

RAMIRO. Uno de ellos lo será el escribiente del notario, y el otro un amigo mio que habita en este pueblo, y á quien voy á buscar al momento.

SATURIO. Como gustes.

RAMIRO. (Ahora lo que importa es que Margarita regrese inmediatamente á Madrid, y que éste suelte la mosca.) Hasta despues, ilustre suegro. (Váse.)

ESCENA V.

D. SATURIO, despues DELFINA.

SATURIO. Me gusta mi futuro yerno por lo activo y formal. (Llamando.) Delfina?... Y me parece que la chica hace un gran casamiento. Un hombre jóven, de carrera... y con más de cuarenta mil reales en efectivo. (Viendo salir á Delfina.) Dónde te metes?

DELF. Estaba acabando de peinarme.

SATURIO. Pues por hoy no has terminado esa faena. Es preciso que te pongas un adorno muy encopetado, y vistas el traje que tengas de más cola.

DELF. Para qué?

SATURIO. Para colear por el estrado.

DELF. No te comprendo.

SATURIO Hoy se firma eso.

DELF. Y qué es eso?
SATURIO. Qué ha de ser? Tus esponsales con Feliciano.
DELF. Tan pronto!
SATURIO. Estas cosas no deben dilatarse.
DELF. Al contrario, deben pensarse.
SATURIO. Despues de lo que ha sucedido?
DELF. Pero si estás en un error. Ese jóven es muy amable y muy guapo.
SATURIO. Y muy atrevido.
DELF. No lo niego; pero hay otro...
SATURIO. Qué es eso de otro?
DELF. Sí, otro que me gusta mucho más.
SATURIO. Eso para mí es lo de ménos.
DELF. Y si me caso con éste, y luégo tiene celos del otro...
SATURIO. Se rompen ellos la crisma, y tú te arrojas á un pozo por haber traido dos al retortero.
DELF. Pero si ese es tu error.
SATURIO. Soy yo ciego ni sordo?
DELF. Ves visiones y oyes campanas sin saber en dónde.
SATURIO. No, oigo... En fin, no me recuerdes lo que oigo y disponte para la ceremonia.
DELF. Si tú lo mandas, me casaré con éste; pero no te respondo de hacerle feliz.
SATURIO. Esa es cuenta suya.
DELF. (De todo o que suceda, tiene la culpa el otro por pazguato.) (Váse.)

ESCENA VI.

D. SATURIO, despues D. TITO.

SATURIO. (Cuando yo creía satisfacer su más vivo deseo, me sale ahora con melindres.)
TITO. (Saliendo de la casa de la derecha, con el gorro griego que guardó Ramiro.) Don Saturio Pereda?
SATURIO. Servidor.
TITO. Usted quizás extrañará que me presente sin anunciarme, pero entre vecinos...

SATURIO. Quiere usted callar! Pues bueno fuera andar con etiquetas en el campo.

TITO. Eso he dicho yo.

SATURIO. Sírvase usted tomar asiento.

TITO. (Sentándose.) Gracias.

SATURIO. (Id.) (Cómo se parece ese gorro al que me ha comprado Feliciano.)

TITO. Y qué tal le va en esta casa?

SATURIO. Bastante bien. (Mirando el gorro.) (Es singular!)

TITO. Demuestra ser extensa y ventilada.

SATURIO. Pero caro el arrendamiento. (Id.) (Vamos, parecen hermanos!)

TITO. (Por qué me mira tanto á la cabeza? Ah! porque no me he descubierto.) (Se quita el gorro y lo pone sobre las rodillas.) Pues el objeto de mi visita, despues de saludar á usted, encierra alguna gravedad.

SATURIO. Tendré sumo gusto en escucharle.

TITO. (Mirando á todos lados.) Pero no quisiera que se enterase nadie.

SATURIO. (Aprovechando la distraccion de D. Tito, coge el gorro sin que éste se aperciba de ello.) Estamos completamente solos.

TITO. Usted tiene una hija.

SATURIO. Hace diez y ocho años que estoy en esa creencia.

TITO. Y yo tengo una hermana.

SATURIO. Á quien he saludado.

TITO. Me lo ha dicho. (Vuelve á mirar y D. Saturio se pone el gorro.)

SATURIO. (Idéntico!... hasta me está grande, como el otro.)

TITO. Pero vamos al caso. (Calla! se ha puesto mi gorro!) Usted piensa casar á su hija con don Feliciano San Juan? (Me lo va á estropear.)

SATURIO. Hoy mismo se firma el contrato.

TITO. Pues yo vengo á participar á usted, que esa boda es imposible. (Quitándole el gorro con suavidad.)

SATURIO. Perdone usted, me lo he puesto distraido.

TITO. Siento no poder ofrecérselo, porque es un regalo dè mi futuro sobrino.

SATURIO. Gracias; tengo otro enteramente igual. Decía usted?...

TITO. Que ese casamiento no pueda verificarse, porque el tal Feliciano es un miserable.

SATURIO. Caballero, yo no puedo permitir que se insulte así al que va á ser mi...

TITO. Repito que es un miserable, porque ha comprometido á mi hermana en plena mar.

SATURIO. Por desgracia, su hermana de usted no sabe lo que se dice.

TITO. Cómo que no! y si no basta su testimonio, apelo al de mi sobrino, que lo ratifica en tódas sus partes. (Se levanta.)

SATURIO. Quién es su sobrino de usted? (Id.)

TITO. El que se casa con mi sobrina, don Ramiro Martinez.

SATURIO. Y quién mete á ese danzante en apoyar despropósitos?

TITO. Señor mio, hable usted de él con el respeto que merece.

SATURIO. Si lo tuviera delante, yo le daría lo que merece.

TITO. Pues si le busca usted el bulto, está dispuesto á no ocultarlo. Justamente acaba de decirme, que le carga usted soberanamente.

SATURIO. Yo?...

TITO. En persona.

SATURIO. Dígale usted que tengo malas pulgas.

TITO. De seguro me contesta, que él se las espantará á garrotazos.

SATURIO. Ira de Dios!... me desafía usted en su nombre?

TITO. Cuanto yo digo lo sostendrá él en todos los terrenos. Bonito es el nene!

SATURIO. Pues si el nene es capaz de tal osadía, lo espero dentro de diez minutos á cincuenta pasos de esta casa.

TITO. No se hará aguardar. (Ó lo llevo yo entre cuatro civiles á defender el honor de la familia.)

SATURIO. Dígame usted qué señas tiene, para que pueda conocerlo á primera vista.

TITO. Ya se dará él á conocer, arrimándole un cachete por saludo.

SATURIO. Voto al infierno!... Hemos concluido: mi furor lo reco-

nocerá.

TITO. Por lo demas, en Madrid, calle del Aguardiente, cinco... (Dándole la mano.)

SATURIO. Gracias; Ventosa, nueve, ofrezco á usted la suya.

TITO. Dentro de diez minutos.

SATURIO. No lo olvidaré. (Váse D. Tito, puerta derecha.)

ESCENA VII.

D. SATURIO, despues RAMIRO.

SATURIO. Pues no faltaba más, si no que viniera ese mequetrefe á barbearse con un farmacéutico militar aguerrido! Que le cargo soberanamente! ¿Por qué, si no me ha visto en su vida? Como no sea algun recluta á quien le haya administrado jalapa por ipecacuana... El más experto en la ciencia se equivoca algunas veces. Pero qué me importa la causa? Voy á buscar las armas para que no me tache de moroso.

RAMIRO. (Cuando estaba acordado que regresaran inmediatamente á Madrid, los celos de esa vieja lo desbaratan todo.)

SATURIO. (Á pistola es lo más breve.) (Viendo á Ramiro.) Ah!... no te vayas. Tengo que hablarte de un asunto gravísimo. (Váse.)

RAMIRO. (Sí, del desafío conmigo, que ha provocado el memo de don Tito, para meterme en otro berengenal. Y cómo salgo de él?... Imposible. Llegó la suprema crisis y es preciso cantar de plano, á riesgo de que me perniquiebre ese beduino, por haberlo puesto en ridículo.)

SATURIO. (Con sombrero y dos pistolas.) Cuando ves estos utensilios, será excusado decirte que se trata de un duelo.

RAMIRO. Usted?...

SATURIO. Sí, con un bolonio que se llama Ramiro.

RAMIRO. (Gracias.)

SATURIO. Y te suplico que seas mi padrino.

RAMIRO. Pero qué motivo ha dado?

SATURIO. El principal, hablar mal de tí.

RAMIRO. (Oh! qué idea!) De mí! y va usted á exponer su vida por defenderme?

SATURIO. Cumplo un sagrado deber.

RAMIRO. Pero yo no lo permito. Un padre de familia, que se debe al hogar y á la farmacopea... Oh!... jamás.

SATURIO. Tengo comprometida mi palabra.

RAMIRO. Yo la cumpliré por usted.

SATURIO. Tú?

RAMIRO. Prefiero morir en la lid, á vivir con un eterno remordimiento.

SATURIO. Pero esa determinacion...

RAMIRO. Es irrevocable. Á mí ha sido la ofensa y yo debo exigir el desagravio.

SATURIO. Admiro tu heroismo, y no quiero disputarte la gloria del triunfo.

RAMIRO. En dónde espera mi enemigo?

SATURIO. Á cincuenta pasos de aquí.

RAMIRO. Le conozco demasiado. Vengan las pistolas.

SATURIO. (Dándoselas.) Esta casi siempre falta. Te lo advierto, para que si te toca escoger, se la cedas generosamente á tu contrario.

RAMIRO. Adios. Si sucumbo, eríjame usted un mausoleo con los billetes que dejo en su poder.

SATURIO. Marcha tranquilo. Siendo encargo tuyo, lo haré con mucho gusto.

RAMIRO. Adios otra vez.

ESCENA VIII.

D. SATURIO, despues DELFINA, luégo MARGARITA, ADRIANA y D. TITO por la derecha.

SATURIO. Ahora lo que me toca hacer, es seguir sus pasos, para evitar una alevosía por parte de su enemigo.

DELF. Ay! papá, salgo asustada.

SATURIO. Qué pasa?

DELF. Eso digo yo; qué pasa, para que Fermina me diga, que has tomado el sombrero y las pistolas con gran preci-

pitacion?

SATURIO. Tranquilízate; yo te explicaré. .

MARG. (Á D. Saturio.) Ah! está usted aquí todavía... Gracias á Dios.

TITO. Adriana, conten á esa infeliz.

ADRIANA. Su tribulacion es muy justa.

MARG. Dígame usted que no se verificará ese duelo.

DELF. Un duelo!

MARG. Que no se batirá usted con Ramiro.

DELF. Batirte tú! Ay! Vírgen santa!

SATURIO. Calma, señoras, calma. Ese lance, que tanto las asusta, no se verificará.

TITO. Cómo es eso! Tiene usted miedo?

SATURIO. Atiéndame usted tambien. No se verificará conmigo; porque Feliciano ha ido á ocupar mi puesto.

ADRIANA. Feliciano?

MARG. Entónces Ramiro corre el mismo peligro.

ADRIANA. (Él morir á otras manos que á las mias!) Es preciso impedir esa catástrofe.

MARG. Ay! tio de mi vida! interpóngase entre los dos, y salve la existencia de mi esposo.

ADRIANA. Pero en dónde están?

SATURIO. Ahí cerca.

DELF. Pues corramos... todavía será tiempo. (Al dirigirse las mujeres al foro se oyen dos tiros.)

SATURIO. No; ya es tarde. Esas detonaciones anuncian, que el combate se ha llevado á efecto.

ADRIANA. Quién habrá sucumbido?

MARG. (Tiemblo como una azogada.)

TITO. Tal vez ninguno, y cargarán las armas para disparar otra vez.

MARG. Y está usted con esa calma, cuando aún hay esperanzas?

ADRIANA. No nos detengamos. (Ramiro aparece en el fondo con una pistola en la mano.)

ESCENA IX.

DICHOS, RAMIRO.

TODOS. Ah!...

ADRIANA. Y bien?...

RAMIRO. (Tirando la pistola.) Muerto.

ADRIANA. (Pobre Feliciano!)

SATURIO. (Infeliz Ramiro!)

ADRIANA. Ha quedado exánime?

RAMIRO. Horizontalmente.

TITO. Pero cómo ha sido?

SATURIO. Sí, cuenta.

RAMIRO. Con todas las reglas del arte. Lo encontré en la carretera, bajamos un ribazo, dos peones camineros nos sirven de padrinos; tiramos, y mi infeliz contrario cayó atravesado por el plomo en brazos de los testigos.

ADRIANA. Ha muerto rodeado de peones como un rey de ajedrez!

RAMIRO. (Ap. á Adriana.) El último pensamiento de Weber... quiero decir, de Feliciano, ha sido para usted. (Dándole las cartas.) «Devuélvela estas cartas, me dijo, con los ojos ya en blanco, y asegúrala que siempre la amé.»

ADRIANA. (Ap. á Ramiro.) Exhaló el último suspiro acordándose de mí!

RAMIRO. No fué suspiro; fué un prolongado hipo. Sin duda el recuerdo se le atrevesó en la garganta.

ADRIANA. (Besando las cartas.) Ah! esto es horrible!

RAMIRO. (Ap. á D. Tito.) Despues de tal desgracia no podemos permanecer aquí ni un momento más. Tengo que sustraerme á las pesquisas de la justicia.

TITO. (Ap. á Ramiro.) En efecto, es necesario abandonar este pueblo.) (Ap. á las mismas.) Adriana, Margarita, ántes de quince minutos salimos para Madrid.

ADRIANA. (Id.) Tan pronto!... yo quisiera acompañar al cadáver á su última morada.)

RAMIRO. (Id.) Imposible. El cadáver me encargó que no lo acompañase nadie. Caprichos de difuntos.

TITO. (Id.) Disponedlo todo al instante.

MARG. (Id.) Tú vendrás con nosotros.

RAMIRO. (Id.) No, yo me marcho ántes por fuera de camino para evitar la prision.

TITO. Vamos.

ADRIANA. (Oh! quién me cobijará ya en el mundo si me coge otro aguacero!) (Vánse.)

ESCENA X.

DELFINA, RAMIRO, D. SATURIO.

SATURIO. Qué les has dicho?

RAMIRO. Qué les podía decir? Entrecortadas frases para mitigar su pena y mi amargura.

DELF. Lo que me pasma es la serenidad de la jóven. Sabe que ha muerto el que, segun me dice papá, iba á ser hoy su esposo, y no humedece sus ojos una lágrima de dolor.

RAMIRO. Es que el de esa jóven es un dolor seco. Pero el tiempo vuela, y urge pensar en mi crítica situacion.

DELF. Tiene razon; es urgente que emigre. (Ya me causa miedo este hombre.)

RAMIRO. Y para emigrar necesito arbitrar fondos.

SATURIO. No hay que apurarse, todo se arreglará. Lo primero es poner en salvo tu persona.

RAMIRO. Y bienes.

SATURIO. Ambas cosas corren de mi cuenta.

DELF. Pero ha de ser con premura. Cada ruido que siento, me parece que es el de los esbirros que le buscan.

SATURIO. Por lo mismo es necesario prescindir ya de vuestro contrato de boda.

RAMIRO. Eso, eso. Entre personas formales están de más las escrituras.

SATURIO. Ahora mismo nos marchamos á Madrid.

RAMIRO. Justo.

SATURIO. Bajamos del coche en la Vicaría...

RAMIRO. Qué?
SATURIO. Os echan las bendiciones, y partes para el extranjero.
RAMIRO. (Vírgen de la Almudena! Este hombre es implacable!)
DELF. Pero qué prisa tienes de casarnos?
RAMIRO. Eso digo yo.
SATURIO. Ausentándose éste por tiempo indefinido, conviene dejar ultimado el asunto.
RAMIRO Me parece, amado suegro, que lo más acertado sería...
SATURIO. No admito réplicas, ni esta es ocasion de largas discusiones. Ya estará el juez levantando el cadáver.
RAMIRO. (Si no se marchan se descubre la farsa y es peor.) Corriente, me someto á la voluntad de usted.
SATURIO. Voy á buscar un coche. Tú nos aguardarás á la salida del pueblo.
RAMIRO. Y si me ven, me echan el guante.
SATURIO. Te ocultas en una alcantarilla.
RAMIRO. Y que me arrolle el agua! En fin, no se haga usted esperar.
SATURIO. El tiempo necesario para que enganchen.
RAMIRO. (Así te enganchara á tí uno de Miura. Ahora voy á aligerar el viaje de los otros.) (Váse.)
SATURIO. Y tú á disponerlo todo, para que cuando yo vuelva, no haya la menor detencion.
DELF. Ay! qué tarea! Ayer la mudanza, esta mañana un viaje, ahora otro! Y luégo cásese usted con un hombre á quien no ama, y que está á punto de llevar un grillete.
SATURIO. He dicho que no admito discusion.
DELF. Bien; haré lo que me mandes.
SATURIO. Voy á tomar el baston. (Vánse.)

ESCENA XI.

FELICIANO despues D. SATURIO.

FELIC. No sé quién me dará razon de ese tronera. Vuelvo de Guadalajara, porque mi tio se ausentó ayer de allí, y me encuentro citado á juicio por el casero, cuando Ra-

miro debe haberle pagado. Voy á ver á éste, y me dice su criado que está en Carabanchel; pero no sabiendo en qué casa, temo haber hecho el viaje en balde. Ésta tiene aspecto de fonda ó parador.

SATURIO. (En la puerta figurando que habla con Delfina.) Ántes de cinco minutos estoy de vuelta.

FELIC. Caballero, dispense usted.

SATURIO. Estoy á sus órdenes.

FELIC. No conozco á nadie en este pueblo, y me tomo la libertad...

SATURIO. Pues está usted en igual caso que yo.

FELIC. Ah!... usted tambien es forastero?.

SATURIO. Sí señor.

FELIC. Entónces es inútil preguntar á usted... Busco á un don Ramiro Martinez, que debe estar aquí.

SATURIO. Don Ramiro Martinez!... Sí, aquí está.

FELIC. Le conoce usted?

SATURIO. No... digo, sí... le conocía de nombre. Es usted pariente suyo?

FELIC. Soy su más íntimo amigo.

SATURIO. Pues siento darle á usted una triste noticia.

FELIC. Eh!... qué le ha pasado?

SATURIO. Casi nada.

FELIC. Pero dígame usted...

SATURIO. Lo único que puedo decirle, para preparar su ánimo, es que le encomiende usted á Dios.

FELIC. Que le!... se está usted burlando?

SATURIO. Por desgracia, no es el lance para burlas.

FELIC. Muerto!

SATURIO. Profundamente. Y dispénseme usted si le dejo, porque me llaman perentorias ocupaciones.

FELIC. Pero explique usted ántes... Cómo ha muerto ese chico tan pronto?

SATURIO. De lo más sencillo: de un tiro, que le ha partido el corazon.

FELIC. Me deja usted frio!

SATURIO. Pues más se ha quedado él. Pero que no se queje á na-

die... él provocó el duelo.

FELIC. Un duelo! pobre amigo mio! Si me parece mentira!

SATURIO. Pues si quiere usted convencerse, ahí lo tiene usted atasajado en una ladera del camino. Y repito que no puedo detenerme. Servidor de usted. (Váse.)

ESCENA XII.

FELICIANO, despues ADRIANA.

FELIC. Pero con quién se ha batido! No tengo el menor antecedente...

ADRIANA. (Por la derecha.) (Ántes de marchar, quiero consagrarle en la soledad todos mis pensamientos.)

FELIC. (Cielos! Adriana!)

ADRIANA. Dios eterno!... es una vision!... Él .. Ustéd... tú!...

FELIC. Por qué ese asombro?

ADRIANA. Te encuentro vivo!

FELIC. Me parece que sí.

ADRIANA. Ah! ven. (Lo abraza.)

FELIC. (Y me tutea!)

ADRIANA. Luego no has muerto en el desafío?

FELIC. (Yo tambien! Si será hoy el juicio final?)

ADRIANA. Ramiro me dió estas cartas, que le entregaste con el último suspiro.

FELIC. Yo le entregué á Ramiro con el último?... (Ah! el infeliz inventaría alguna historia y no debo desmentirle.)

ADRIANA. Entónces, por qué me dijo que caiste muerto?

FELIC. Porque caí en efecto.

ADRIANA. Cómo!...

FELIC. Cuando digo muerto, exagero un poco.

ADRIANA. No fué más que herido? Ah, ven! (Lo abraza.) Si supieras cuánto he padecido!

FELIC. Ya lo adivino.

ADRIANA. Por las angustias que he pasado al creerte muerto, júrame que renuncias al matrimonio que ibas á contraer.

FELIC. Que iba á contraer!...

ADRIANA. Dame ese gusto póstumo.

FELIC. (Hablará del de Guadalajara, y nada pierdo en complacerla.) Renuncio á él con toda mi alma.

ADRIANA. Ah! ven otra vez. (Lo abraza.)

FELIC. (Dale! y van tres.)

ADRIANA. Eres capaz de asegurármelo por escrito?

FELIC. Con todas sus letras... pero en cambio me indulta usted de su persecucion?

ADRIANA. Amnistía completa.

FELIC. (Sacando la cartera y escribiendo en una de sus hojas.) (Si con tan poco se contenta, voy ganando en el trato.) Creo que con esto habrá bastante. (Entregándole la hoja.)

ADRIANA. Oh! gracias. (Besa el papel.) Si en aciago dia me inundaron las cataratas del cielo, hoy con esta promesa me inundas tú de felicidad.

FELIC. Me alegro. (Si me dejas en paz.)

ADRIANA. Ahora me marcho á Madrid, y supongo que tú tambien abandonarás este pueblo.

FELIC. Como ya no he de ver á la persona que buscaba...

ADRIANA. Esa palabra colma mi felicidad. Ah! ven. (Va á abrazarle.)

FELIC. (Retirándose.) No, ya no voy más.

ADRIANA. Ingrato!... Arribaremos á la córte nadando en agua de rosas. (Váse.)

ESCENA XIII.

FELICIANO, despues DELFINA.

FELIC. Así nadaras en alquitran. Pero yo no debo alejarme de este pueblo sin tributar al cadáver de mi amigo el último homenaje de la amistad. Sí, voy á informarme. (Viendo á Delfina, que sale.) (Cielos! Delfina tambien aquí!)

DELF. Ya está todo listo. (Qué miro!)

FELIC. Señorita, bendigo mi estrella, que al fin me proporciona ver á usted un momento sin testigos.

DELF. Á mí?... (Á buen tiempo llega!)

FELIC. Para hablarla de mi amor.

DELF. Pero yo no debo escuchar á usted.
FELIC. Por qué?
DELF. Porque no soy libre.
FELIC. Qué oigo!... Es usted casada?
DELF. No, pero lo seré hoy mismo.
FELIC. Voto al infierno!... Y quién es el criminal que me roba la dicha?
DELF. Usted lo ha calificado: un homicida.
FELIC. Eh!...
DELF. Uno que acaba de hacer una muerte.
FELIC. (Otra! Cuando digo que hoy termina el mundo.)
DELF. Ahora estarán conduciendo á la última morada los restos de su víctima.
FELIC. (Acaso será!...) Le conocía usted?
DELF. De nombre solamente. Ramiro Martinez.
FELIC. Es él!... No contento con árrebatarme esa mano, asesina la suya al mejor de mis amigos.
DELF. Qué escucho!
FELIC. Es preciso que yo vengue á Ramiro, que mate á ese hombre.
DELF. Vírgen santa! Otra desgracia!
FELIC. Dónde está? Cómo se llama?
DELF. Oh! yo no debo decírselo á usted.
FELIC. Esto más!
DELF. Provocar á un tronera, á un espadachin!
FELIC. Se interesa usted por su vida?
DELF. Me intereso... por la de usted.
FELIC. Por la mia! Oh felicidad! Repita usted esas palabras, se lo pido de rodillas.
SATURIO. (Ya están enganchando.)
DELF. Ay Dios! mi padre! (Váse.)

ESCENA XIV.

FELICIANO. D SATURIO.

SATURIO. (Qué hace este hombre!) Caballerito, me querrá usted explicar?...

FELIC. Pronto estaré á sus órdenes. Ahora me reclaman asuntos de más urgencia.

SATURIO. Sin embargo...

FELIC. Ah! Usted me podrá decir en dónde se encuentra la persona que busco.

SATURIO. La persona...

FELIC. (Pero qué voy á preguntar! Este me lo ocultará tambien.)

SATURIO. Hombre, ya le he dicho á usted que la persona que busca, se encuentra más fria que un carámbano.

FELIC. Pobre Ramiro!

SATURIO. Ahora acaban de llevárselo á Madrid, para hacerle la autópsia.

FELIC. Lo ha visto usted?

SATURIO. Sí; en la vaca de un ómnibus, envuelto en un ruedo y sentados sobre él dos guardias civiles.

FELIC. Me parece extraño!

SATURIO. Pues no tenga usted duda. Mi futuro yerno, á quien encontré al pasar el ómnibus, lo ha visto colocar, y yo he vislumbrado la cabeza del cadáver undulando sobre el vehículo.

FELIC. Qué horror!

SATURIO. Tambien vengo yo afectado. Al pronto me pareció la de un ternero; pero como los difuntos se desfiguran tanto, no extraño esta ilusion de óptica.

FELIC. Dice usted que su futuro yerno se encuentra cerca de aquí? (Si me diera alguna seña...)

SATURIO. Sí, ahí en la carretera.

FELIC. Con sombrero de paja y pantalon claro?

SATURIO. No, con pantalon hongo y sombrero... Quiero decir, con sombrero hongo y pantalon oscuro. Pronto vendrá,

FELIC. (Yo le saldré ántes al encuentro.) Caballero, tengo el honor... (Váse.)

ESCENA XV.

D. SATURIO, luégo ADRIANA.

SATURIO. Pues si él supiera que le haces cocos á Delfina, te colo-

caba otra bala entre ceja y ceja. Pobre muchacho! está sobresaltado hasta el punto de causarme lástima, y le he prometido entregarle ahora mismo la cantidad que le retuve, para que la consigne inmediatamente sobre el extranjero, por si tiene que emigrar.

ADRIANA. (Ya no está aquí.)

SATURIO. (Voy á sacarla de la gaveta, para dársela en cuanto venga.)

ADRIANA. Señor de Pereda?... (Muy contenta.)

SATURIO. Eh?...

ADRIANA. Le ha visto usted?

SATURIO. Á quién?

ADRIANA. Al difunto... es decir, á...

SATURIO. Sí, señora, en este momento.

ADRIANA. Y qué? Le ha dicho á usted algo?

SATURIO. (Qué lástima de que esté chiflada esta mujer, siendo todavía guapa!) No señora, iba muy serio y no me dijo una palabra.

ADRIANA. En la situacion en que se encuentra, no querría abocarse con usted.

SATURIO. Y ha hecho perfectamente.

ADRIANA. Ya respiro con amplitud. Ya puedo ver funcionar las mangas de riego, sin sentir la trepidacion epiléptica que trituraba mi corazon, al menor recuerdo del elemento acuático.

SATURIO. Lo celebro mucho.

ADRIANA. Ya puedo abrigar la esperanza de llamarme esposa de San Juan...

SATURIO. (Y de San Pedro y todos los santos del calendario.)

ADRIANA, Puesto que rompe los compromisos que lo ligaban á su hija de usted.

SATURIO. (Qué dice esta señora!)

ADRIANA. Á usted se lo ha indicado con el silencio, y á mí me lo ha dicho de palabra y por escrito. Véalo usted. (Dándole el papel.)

SATURIO. Qué leo!... Feliciano ha escrito este papel?

ADRIANA. Á mi presencia. Se lo juro por la salvacion de mi alma.

Saturio. (Se dará mayor infamia!)

Adriana. Ya que sabe usted mi triunfo, le dejo para que participe su derrota á mi rival. (*Váse.*)

ESCENA XVI.

D. SATURIO, luégo RAMIRO, despues DELFINA.

Saturio. Ese hombre es un calumniador, ó sabe pormenores de mi familia que yo propio ignoraba. (*Leyendo.*) «Abrigando »la certeza, de que la jóven con quien me obligaban á »casar, tiene una pierna seca y de la cual cojea, renun»cio terminantemente á su mano; porque yo quiero que »mi mujer ande muy derecha.» (*Declamado.*) Que mi hija tiene una pierna seca! Á él sí que le voy yo á dejar seco de un estacazo. Ahora comprendo su prisa de recuperar el dinero. Pretendía engañarme, para casarse con esa jamona, ávido de sus riquezas. (*Llamando.*) Delfina?

Ramiro. (Pues señor, la cosa marcha como yo no podía esperar. Voy á tomar esos cuartos, y la del humo. Gracias, estrella protectora!)

Saturio. Ah! estás ahí?

Ramiro. Noticioso de que ya me persiguen... Conque no se detenga usted en aprontarme...

Saturio. Espera un poco. (*Llamando.*) Niña!...

Delf. (*Saliendo.*) Qué tienes que mandarme?

Saturio. Ven acá. (*Delfina se acerca.*) Da un paseo por delante de esté caballero.

Delf. Á qué fin?

Saturio. Obedece á tu padre y calla. Un paseo con mucho contoneo y soltura.

Ramiro. Pardiez! reflexione usted, que no tenemos el tiempo para gastarlo en contoneos.

Saturio. (*Á Delfina.*) Vamos.

Delf. Si es capricho... (*Lo hace.*)

Saturio. (*Á Ramiro, señalando á Delfina.*) Eh?

Ramiro. Y qué?

SATURIO. (Á Delfina.) Acércate. (Lo hace.) Dame esa mano. (La derecha.)

DELF. Toma esta mano.

SATURIO. Ahora, ponte sobre la punta del pie derecho, y haz molinete con la pierna izquierda. (Haciéndolo él.)

DELF. Estás en tu juicio!

RAMIRO. La ocasion es oportuna para dar lecciones de baile!

SATURIO. La ocasion es siempre oportuna para dar lecciones de hidalguía.

RAMIRO. No lo dudo, pero...

SATURIO. Tiene usted la bondad, caballerito, de decirme del pie que cojea mi hija?

RAMIRO. Yo!... Si usted, que es su padre, no lo sabe... (Pues no había reparado...)

SATURIO. Es que hay quien cuenta con saberlo.

RAMIRO. Hay quien cuenta!... Y á mí qué me cuenta usted?

SATURIO. Le cuento que es usted un miserable.

RAMIRO. Don Saturio!... (Habrá descubierto la farsa!)

SATURIO. Cómo asegura usted que Delfina tiene inútil uno de sus remos?

DELF. Yo!...

RAMIRO. Uno de sus remos! Pues si la creo la piragua más ligera de los mares.

SATURIO. Siendo así, la injuria que estampa usted en este escrito, tiene por único objeto faltar á sus compromisos.

RAMIRO. Qué? (Tomándolo.) Este escrito no es mio.

SATURIO. Cómo!

RAMIRO. (Leyéndolo.) (Demonio! la letra y firma de Feliciano! Quién le ha dado este papel? (Y fecha de hoy!)

SATURIO. Una mujer carcomida por usted: Adriana.

RAMIRO. Adriana! (Qué nuevo lío es este!) Compare usted esta letra con la mia y se convencerá...

SATURIO. No se me había ocurrido. (Saca la carta que Ramiro escribió en el primer acto y compara los escritos.)

RAMIRO. (Por mi nombre, que no comprendo!...)

SATURIO. En efecto...

RAMIRO. Se convence usted?

DELF. (De qué hablan!)

SATURIO. Empiezo á dudar; pero retengo la garantía pecuniaria hasta convencerme.

RAMIRO. Otro contratiempo! Y don Tito y su sobrina que me esperan... Siento pasos, Dios mio! serán ellos? (Se dirige al fondo.)

ESCENA XVII.

DICHOS, FELICIANO.

FELIC. (No acierto á dar con él.)

RAMIRO. (Santa Bárbara! Feliciano!)

FELIC. Qué miro! no es una vision! ven á mis brazos. (Lo abraza.)

RAMIRO. (Aquí se hundió el firmamento!)

FELIC. Pero explícame...

RAMIRO. (Ap. á Feliciano.) (No me contradigas en nada.)

SATURIO. Hola! se conocen ustedes?

RAMIRO. Mucho; el señor es un rico capitalista de Cuenca. (Ap. á Feliciano.) Aguántate.

SATURIO. De Cuenca? Lo celebro, y desde hoy téngame usted por su... (Dándole la mano.)

FELIC. Gracias, Feliciano San Juan...

RAMIRO. (Me dividió!)

SATURIO. Feliciano San?...

RAMIRO. Sí, mire usted que coincidencia! Tenemos el mismo nombre y apellido. Como somos primos hermanos... (Ap. á Feliciano.) Aguántate.

FELIC. (Qué embrollo es este!)

SATURIO. Se diferencian ustedes solamente en el apellido materno.

RAMIRO. Justo.

SATURIO. (Á Feliciano.) El de usted es?...

FELIC. Cañamaque.

RAMIRO. Y el mio Cañameque.

DELF. (Amigos y parientes, ya no tengo esperanza!)

SATURIO. Siento en el alma, señor de Cañamaque, haberle conocido en tan azaroso momento. Ya sabe usted que éste

se encuentra perseguido por la justicia.

FELIC. Tú?

RAMIRO. (Ap. á Feliciano.) Aguántate. (Alto.) Por lo mismo tengo que escapar, y te suplico que me sigas.

SATURIO. Pero de todos modos asistirá usted al casamiento de su primo con mi hija.

FELIC. Qué?

RAMIRO. (Ap. á Feliciano.) Aguántate.

FELIC. (Ap. á Ramiro.) No, á eso no me aguanto.

RAMIRO. (Id.) Va en ello mi fortuna y parte de la tuya.

FELIC. (Id.) Aunque fuera la de Creso.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ADRIANA, MARGARITA y D. TITO.

TITO. (Á Ramiro.) Hombre!... qué haces aquí con esa calma? Ya está el coche aguardando.

SATURIO. (Como que lo he mandado venir á escape.)

RAMIRO. (Quisiera trasladarme á los antípodas.)

TITO. Ea... da el brazo á tu futura, y en marcha.

SATURIO. (Á Ramiro.) Dice bien: mejor es que te acompañemos.

RAMIRO. Sin embargo, yo opino:..

MARG. Vamos. (Va á coger el brazo de Ramiro, y este, como distraido se dirige á otro lado.)

ADRIANA. (Mirando á Feliciano.) (Oh!... aquí está! Ya sabrá esa trastuelo quién lleva el gato al agua.)

SATURIO. (Ap. á Delfina.) Niña, no seas posma y coge el brazo de Feliciano.

TITO. Por los santos apóstoles, que perdemos un tiempo precioso. Da el brazo á tu novia.

SATURIO. (Á Delfina.) Vivo.

DELF. (Ay! qué fastidio!) (Se coge Delfina del brazo izquierdo d Ramiro y Margarita del derecho.)

MARG. Qué tienes?... pareces memo!

RAMIRO. Qué he de tener!... felicidad por todos lados. (Quisiera haber nacido sin codos.)

TITO. (Mirando á Delfina.) Eh!

SATURIO. (Id. á Margarita.) Qué hace esa jóven?

TITO. (Á Delfina.) Dispense usted, señorita, en el coche no caben más que cuatro personas, y no es posible que usted...

SATURIO. Efectivamente, yo lo siento mucho, pero como la doncella nos acompaña, su sobrina de usted no cabe...

RAMIRO. (Deshaciéndose de ambas.) Nada... pues que cada uno vaya por su lado.

TITO. Pero estamos beodos?

SATURIO. Yo estoy en mi acuerdo, y digo, que en el coche no pueden ir más que mi familia y el que se casa con mi hija.

FELIC. Casarse con ella!... primero me hacen trizas.

SATURIO. Eh!... qué dice este cuenco?

FELIC. Que amo á Delfina, y que sólo yo seré el dueño de su mano.

ADRIANA. (Qué escucho!)

RAMIRO. (Ahora recuerdo... esta es la conquista de que me habló...)

ADRIANA. Usted ha dicho bajo su firma, que renuncia á esa boda

FELIC. He dicho, y sostengo, que renuncio á la que quiere imponerme mi tio.

SATURIO. Pero qué embolismo es este?

RAMIRO. (Ap. á D. Saturio.) Yo se lo explicaré á usted satisfactoriamente, si aprueba el traspaso que hago de su hija en favor de mi amigo.

SATURIO. Se te figura que el matrimonio es una letra de cambio, ni que ella aceptaría...

DELFIN. Sí, papá: acepto á la vista.

SATURIO. Sí? pues mira, en casándote pronto, y con un hombre rico, no seré yo quien la proteste.

FELIC. Me hace usted el más venturoso de los hombres.

ADRIANA. Pero se opone á ello la más ahogada de las mujeres.

FELIC. Y con qué derecho?

ADRIANA. Con el que me dió, cuando desgarrado el cielo, abrió usted el dique de sus torrenciales intenciones.

FELIC. Yo no tengo la culpa de que usted tomase en serio...

ADRIANA. Y puesto que se empeña, pronto será Madrid teatro de una horrible catástrofe.

TITO. Hermana, estás delirando?

SATURIO. Poco á poco. Todo puede arreglarse, si Adrianita se aviene á mi pensamiento. (La pongo en un manicomio y disfruto sus rentas.)

ADRIANA. Si es para vengarme, desde luego lo abono.

SATURIO. Abono?... Justamente voy á brindarle... Quiere usted tomar en la parroquia el cuarto turno de esta mano?

ADRIANA. Eh?

SATURIO. Como ya he consumido tres, no puedo ofrecerle otra cosa.

ADRIANA. Qué sé yo... á los cuartos turnos les suelen tocar unas funciones tan vistas...

SATURIO. Las que han dado mas ingresos en el despacho.

ADRIANA. En fin, por vengarme de algun modo, si la localidad es confortable.

SATURIO. Será para los dos un antepecho de paraiso.

TITO. (Ap. á Ramiro.) En resumidas cuentas, yo no acabo de comprender...

RAMIRO. (Ap. á D. Tito.) Ni una palabra más. Por el camino satisfaré todas sus preguntas.

TITO. Pues en marcha.

RAMIRO. Un momento.

(Al público.)

Con la sola pretension
de alegrar tu airado ceño,
autor de plectro risueño,
puso esta farsa en accion.
Buscando la aprobacion
llego humilde á tu presencia,
pero advierta tu indulgencia,
pues que ejercerla te toca,
que con EL CREDO EN LA BOCA
aguardamos tu sentencia.

FIN DE LA COMEDIA.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde.
	4	El coronel D. Pablo—c. o. v..	3	F. Canton Delgado...	Todo.
		El parecido en la Córte, *refundicion*....................	3	D. Ricardo Caballero....	»
		El pleito de Sandoval—c. a. p.	3	Navarrete y Avial...	»
	3	El sí de las niñas—c. o. p.....	3	L. F. de Moratin.....	Ejemps.
		En aras de la justicia........	3	Daniel Balaciart.....	Todo.
	3	La dulce alianza.............	3	M. Pina Dominguez.	»
	1	La Fornarina.................	3	Sres. Retes y Echevarría.	»
	3 a.	La herencia de un rey—d. o. v.	3	Santivañes y Cuenca.	»
	2 a.	La luz del rayo—d. o. v.....	3	D. J. Velilla Rodriguez.	»
	2	Las cerezas.	3	M. Pina Dominguez..	»
	2 a.	Rienzi el Tribuno.	3	D.ª R. de Acuña y Villan.ª	»
	2	Una boda en palacio....... ..	3	Sres. Echevarría y Santivañes.............	»
		Un alcalde justiciero.........	3	Francisco Macarro...	»
	2	¡Viva Cuba Española!—d. o. v.	3	Marquina y Olicr....	»
		La mágia nueva, *mágia*......	4	Sres. R. Carrion y Coello.	»

ZARZUELAS.

		Als lladres..................	1	D. Benito Monfort......	Música
		Arturo di Foncarrale.........	1	Vidal.............	Música
		El capitan Araña......... .	1	Ángel Rubio.......	Música
		El fresco de Jordan..........	1	Isidoro Hernandez ..	Música
4	2 c.	El San Antonio de Murillo—o. v	1	Sres. Macarro y Rubio..	L. y M.
		En el fondo del mar..........	1	Sres. Cuartero, Ferrer y Hernandez..	L. y M.
		La carta de Elena	1	D. Julian Castellanos...	Libro.
		Los tomadores del dos.......	1	Sres. Fuentes, Alcon y Fernandez........	L. y M.
		Maese Tallarines............	1	Isidoro Hernandez...	Música
8	7 c.	Mesa revuelta...............	1	Sres. M. Pina y Aceves.	L. y M.
		Una aventura en Siam........	1	Burgos y Hernandez.	L. y M.
		Una conspiracion...........	1	D. Manuel Fernandez...	Música
4	4	Compuesto y sin novia.......	3	M. Pina Dominguez..	L. y M.
		Entre el Alcalde y el Rey.....	3	Emilio Arrieta..... ..	Música
6	3	La Marsellesa................	3	M. Ramos Carrion....	Libro.
		Las nueve de la noche........	3	J. Casares. (*Mitad.*)..	Música

NOTA. Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto *Cazar en su mismo soto, Deuda de sangre, El duende de palacio, El festin de Baltasar, El hijo de D. Damian* y *Un dia fatal*; la de tres actos, titulada: *El collar de esmeraldas*; las zarzuelas *Arriba y abajo, El inválido, Fuego en guerrillas, Los dos caminos, Los pájaros del amor, Paz conyugal*, en un acto; *Dos Leones* y *María*, en dos actos; y han entrado á formar parte de ella, todas las obras del catálogo de D. JOSÉ MARÍA MOLES.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la. Administracion Lirico-dramática.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en selos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos